

Fernando Uriarte

Tres novelistas españoles de hoy



O cimentaron fama de noveladores en España los escritores posteriores a la avalancha del 98. Viniéron poetas,, pintores, pensadores, muchos profesores; la congoja novelesca, esa confesión en capítulos era propiedad permanente de Pérez de Ayala, Gabriel Miró, Pío Baroja y Valle Inclán. Estos escritores tenían una guerra, la de Cuba, una rebeldía de estirpe les brotaba confundida con una fecha de la historia. Después de ellos, una o dos generaciones heredaban, se afinaban en el concepto y la metáfora, gustaban de volver al pasado con erudición y sistema. El sufrimiento era elegíaco: Pedro Salinas, Benjamín Jaunés y Rosa Chacel después de pujos laboriosos dejaron unas cuantas novelitas anémicas. Cuando España se echó a temblar en 1936 y la primera pasión española, fanatismo sin mezcla ni adobe, gobernaba la península, pudo esperar el aficionado que los nuevos narradores de jerarquía estaban próximos. Queda al margen de este juicio el enorme Ramón Gómez de la Serna, acontecimiento individual en las letras hispánicas, cuya originalidad y potencia creadora es difícil de clasificar por el momento.

Tres voces de hoy: Ignacio Agustí, Juan Antonio de Zunzunegui y Carmen Laforet pueden dar a la novela española dimensión novedosa y prestigio perdido. Los dos varones son un

tanto continuadores y Carmen Laforet puede situarse cómodamente fuera de la tradición regular.

El primer tomo de la «novela río» de Ignacio Agustí se titula «Mariona Rebull», un primer tomo prometedor y apasionante. Hace bien Agustí en evocarnos sentimentalmente el reciente pasado de su ciudad, Barcelona, agraciándonos su tenaz humanidad, su impulso poderoso y sus tradiciones centenarias; hace bien porque estos tres novelistas acusan enérgicamente el sentido regional, un avance resuelto hacia el microcosmos de la provincia española. Este microcosmos es rico en perspectivas y limitaciones; se observa en él de inmediato el vago germen separatista, la soberbia ambición de las provincias ricas como Vasconia y Cataluña en cuyas capitales vibran ambiciosos y desorientados primogénitos. Resulta imposible no anotar la presencia de Galdós y Thomas Mann en el libro de Agustí; en este sentido «Fortunata y Jacinta» y «Los Buddenbrock» son novelas censoras. Agustí enfoca en este tomo el problema sociológico capital de su región: la lucha inevitable y decisiva entre la antigua artesanía tradicional, representada en este caso por los joyeros de lenta ascensión social y el maquinismo renovador del telar, palanca formidable de las nuevas gentes, aluvión humano de los perdidos barrios del arrabal.

Personajes del microcosmos provinciano: Mariona Rebull, una Bovary catalana, Joaquín Riús, padre e hijo, van con decisión y escuetamente a lo suyo. No son valores nacionales o españoles universales, pero sí auténticos, duros e inflexibles, con esa mínima complicación de las vidas iniciales. Agustí los ha comprendido perfectamente y nos enseña estos barceloneses en su mundo cerrado y parduzco: «Claro que mi ciudad no ha producido grandes genios y sus monumentos se erigen un poco para contentar a todos; pero no se puede evitar que entre tanto navegante, poeta y filósofo de otros lugares, asome su cabeza entre tilos de parque algún ejemplar de aquellos modestos madrugadores, con su chistera de las fiestas perpetuada en bronce.

su levita y su chaleco lleno de dijes. Bajo la levita, y en el seno del pecho de verdad, palpataba seguramente un corazón; corazón en el que se mezclaba el «Debe» y «Haber» de los «Diarios» números de recibos y facturas, cierto amor al país y a la esposa, y una ardiente esperanza de cristiana sepultura junto al mar».

Destaca Agustí de preferencia la rebeldía social que acompaña y se opone al afán informe de dinero y poder, los primeros grupos anarquistas, las asociaciones secretas, un vago conglomerado en formación de causalidad fatal e irrefrenable convertido al final del libro en energía social ejecutiva.

Con envidiable maestría empuja Agustí los temas, coherentes unos y dispersos otros, hasta juntarlos a la vera de una bomba explosiva en el «Liceo» atiborrado de mujeres enjoyadas en sus localidades bajas, que provoca el primer gran desenlace de su novela con la muerte de Mariona. El episodio descrito con dominio y brillantez tendrá larga perduración en la novelística española.

Estas vidas si bien limitadas y locales, tienen estilo . . . , el estilo natural de lo cotidiano prolongado de generación en generación, como «Doña Paula», repetida figura provinciana que «se muere por exceso de espacio». Fué la divisa de los novelistas definitivos, de la provincia al mundo. Así se hicieron universales Julián Sorel y Madame Bovary.

Toda la medida y seguridad, tanto dramática como estilística, que luce Ignacio Agustí contrasta con los caprichos de sintaxis y la impureza estilística de Juan Antonio Zunzunegui, que de puro querer ser brillante llega a ordinario y laborioso. «¡Ay . . . estos hijos!» es un libro de gran fuerza biográfica, verdadero por dramatizar tipos auténticos de la capital vascongada y de alto vuelo en la zona de los documentos representativos, pero segado por las frecuentes bizarrías idiomáticas y la inflada ampulosidad de un estilo recargado y sin gusto.

Baroja, a quien Zunzunegui parece seguir, con su estilo

seco y preciso cobra frente al nuevo escritor una elegancia insospechada. A pesar de la fuerza negativa de los elementos que anotamos termina por convencer la veraz y original perspectiva de Bilbao y sus arrabales y la condición de esos personajes que echaron sus primeros dientes entre los oscuros velos de la sotana vasca, autoritaria y mentora, y reciben en el alba de la juventud sistema, orientación y disciplina en la Universidad Jesuíta de Deusto, donde pululan los retoños de las familias adineradas de Bilbao.

«¡Ay... estos hijos!», tiene el tipo regionalista de «Mariona Rebull»; es una novela exclusivamente bilbaína cogida en su tema esencial. Luis Larrinaga, especie de Wilhelm Meister del Nervión, en su viaje experimental por París y Londres añora la ciudad natal donde sus creencias metafísicas se sostienen sobre pilares inamovibles: alegre y brioso «Bocho» de vida desproblematizada y golosa. Todo bilbaíno busca en las ciudades del mundo el escorzo de Bilbao y cuando el parecido físico es imposible forma con ahinco el ambiente de sus recuerdos.

Zunzunegui ha conseguido en la figura de Larrinaga un personaje muy meritorio y representativo. La vida efectiva de éste transcurre entre la guerra de 1914 y la guerra civil española; su alma es como una retorta donde hierven las indecisiones. Nos parece que Luis Larrinaga tiene una proyección nacional; representa la posibilidad de superación de lo que Ortega y Gasset llamó la soberbia española, que condiciona a los energúmenos regionales que tanto abundan en Vasconia y Cataluña, limitados, incomprensivos y herméticos, con sus arrestos de independencia regional innecesaria y sin contenido. En Londres se va informando Larrinaga de la misión del capital en la sociedad y de algunas cosas más. Las conversaciones fulminantes con la familia de Mr. Dillon, comprador de minerales de los yacimientos de Luis en Bilbao, dan la nota más actual de este libro y nos ponen en la pista segura del personaje.

Larrinaga despliega objetivamente el estilo ibérico en su

meditación: «Qué ganas de quitar a la vida el goce sabroso de la indecisión para hacer de los hombres pequeñas máquinas, pensó Luis, y contempló a Anne que era una muchacha agradable a la que la botánica acabaría por dar una enjutez de pergamino. Si esta joven dejase a un lado las ciencias naturales y se casara aún se salvaría . . . ».

«Tenía Mr. Dillon un ademán pastoreante que le desagradaba a Luis. Sus hijos sin embargo se pliegan a su voluntad distribuidora con una voluntad aérea. Se hallan encantados del menester que les ha asignado a cada uno:

Anne, Dios mediante, será dentro de diez años el mejor botánico del imperio. Fred, dentro de ese tiempo será ministro, y Nick, presidente del Consejo de las fábricas de «El trust del hierro» . . . los retrasos los consideraré como una desobediencia».

«Los tres hijos recibieron el mandato firme el tronco, dentro de la disoluta blandura de la butaca. Luis no pudo menos de sonreír».

El temple de estas conversaciones, aunque convencional y teórico, ayudan al autor a dar mayor holgura temática al personaje. Larrinaga ama en París y en Londres; el amor del Támesis es la mulata Fermina, que le dice junto a las mejillas los versos negros de Guillén.

Al final el señorito sabihondo es diputado, y luego ex-diputado; los consejos de Mr. Dillon no fraguan su destino y mientras se conjugan las circunstancias que provocarán la hecatombe. Larrinaga se deja ir por el barrio de las siete calles recomendándose asimismo la dudosa sentencia: «En el vasco domina más el logos nutritivo que el logos espermático». En tardes lluviosas come donde «Enriqueta» anguilas perladas de buen aceite, plato «entre fluvial y marinero». Traicionando el excelente espíritu de su juventud lleno de demonios jesuíticos pero corregido por libros de Unamuno y novelas de Baroja que penetraban solapadamente en Deusto cae en la antigua postración irracional de su casta. En este final desvanecido habla Zunzunegui,

presunto claudicante también, de «la gloriosa toma de Bilbao por las fuerzas nacionales». Es la derrota con un débil ademán de justificación. Como el libro ofrece campo para la especulación y el estudio y tiene la elocuencia de las buenas fotografías su condición de documento lo hará prestigioso, pues las cosas de Larrinaga rigen en la España social actual. Zunzunegui ha conseguido cabalmente su empeño; el estudio psicológico de Larrinaga es magnífico y completo. Nos dejaría satisfechos si no fuera por esa manera dispareja que informa su estilo y la cerrazón alegórica ante la sotana española.

Carmen Laforet se hace escritora a los 23 años con un lib de extraña fuerza. Concepción, tan original de caracteres y tuaciones, corresponde a una sensibilidad afinada en extremo por la tragedia y el hambre, sensibilidad que dirige la pupila de la autora a la visión de una realidad superior y patética. No hay en «Nada» oportunismo literario alguno y sus acciones son trabajadas profundamente, aún aquellas que harían vacilar a cualquier pluma maestra y fogueada, agotándolas con cierta fruición desesperada.

En 309 páginas describe Carmen Laforet su vida de un año en la calle de Aribau de Barcelona inmediatamente después de la guerra civil. En esa casa venida a menos, sucia, repleta de olores y de vejez, vive una familia pariente de la protagonista, Andrea, que en lo más íntimo del hogar abigarrado y procaz delata el trauma pavoroso de la guerra. Un hogar español es a menudo sonoro y violento por costumbre; el de la calle de Aribau siendo muy característico y español alcanza a los ojos sutiles de Andrea intensidades y contrastes acostumbrados en las novelas de Dostoyewski. El clima moral particularísimo de esos hermanos, mal pintor uno y músico indefinido el otro, junto con la noble figura de la abuela y de esa tía Angustias, inhibida por la aspereza de la vida y la sensualidad subterránea, es comprendido tan cabal y finamente por la autora que no ha necesitado retor-

cimientos poemáticos y forma novedosa para expresarlo. Deja correr su pluma con sencillez y en su estilo juvenil y directo va apareciendo una realidad metamorfoseada y mágica.

La violencia estalla constantemente en gritos, amenazas y puñetazos entre los hermanos Juan y Román, espías tráfugas de la guerra, que negociaron el heroísmo, comprometidos y celosos en la inmediatez de un ayer sangriento y reciente. Un terrible resentimiento fluye de las increpaciones de Juan a Angustias en el andén cuando ésta abandona Barcelona para enclaustrarse. «No te hagas la mártir Angustias, que no se la pegas a nadie». Estás sintiendo más placer que un ladrón con los bolsillos llenos... «¡Que a mí no me la pegas con esa: comedia de tu santidad!»

«¡Eres una mezquina! ¿Me oyes? No te casaste con él porque a tu padre se le ocurrió decirte que era poco el hijo de un tendero para ti...! ¡Por esoooo!. Y cuando volvió casado y rico de América lo has estado entreteniéndolo, se lo has robado a su mujer durante veinte años... y ahora no te atreves a irte con él porque crees que toda la calle de Aribau y toda Barcelona están pendientes de ti...! ¡Y desprecias a mi mujer! ¡Malvada! ¡Y te vas con tu aureola de santa!».

Pensamos en la fortaleza nerviosa de esa niña que va a vivir por un año a la calle de Aribau y en su entereza de alma y de cuerpo tan favorable para reabsorber el ambiente pesado de la casa. «En toda aquella escena había algo angustioso, y en el piso un calor sofocante como si el aire estuviera estancado y podrido». «Que alivio el agua helada sobre mi cuerpo! ¡Qué alivio estar fuera de las miradas de aquellos seres originales! Pensé que allí el cuarto de baño no se debía utilizar nunca. En el manchado espejo del lavabo—¡Qué luces macilentas, verdosas, había en toda la casa!—se reflejaba el bajo techo cargado de telas de araña...».

Y bruscamente toma conciencia del embrujo: «Empecé a ver cosas extrañas como los que están borrachos».

Todo el tránsito de Andrea por Barcelona está contenido

en esa frase. Conoce un ambiente bohemio y pintoresco, asiste al amor de una amiga entrañable y rica, siente el frío de la Universidad y el calor de las magras sopas de agua y pan en los comedores baratos, mira todos los días a su familia, contradictoria y demoníaca, revolcarse en el odio terrible de los parientes y de la sangre; una noche trágica conoce el barrio chino oscuro y depravado y otra se refugia desesperada y llorosa entre las columnas de la Catedral de Barcelona doblada en sombras y luz de luna: siempre es la misma niña sonámbula de ojos tristes y pensativos cuya circunstancia dolorosamente original le impone un aire distraído e inmerso.

Periódicamente, mientras va estirando su relato, desnuda en bellos cuadros el panorama variado y brillante de Barcelona, su vibración social, el aire característico de su estación preferida «La ciudad cuando empieza a envolverse en el calor del verano tiene una belleza sofocante, un poco triste. A mí me parecía triste Barcelona mirándola desde la ventana del estudio de mis amigos, en el atardecer. Desde allí un panorama de azoteas y tejados se veía envueltos en vapores rojizos y las torres de las iglesias antiguas parecían navegar entre olas. Por encima, el cielo sin nubes cambiaba sus colores lisos. De un polvoriento azul pasaba a rojo sangre, oro, amatista. Luego llegó la noche».

Queda el lector soñando con la autora el sueño de esa ciudad y un vago deseo de conocer su limpia estructura va creciendo. La conciencia, la sensibilidad, la fina mirada literaria, escrutadora y pensativa de Carmen Laforet, su hermoso talento, palpita ágilmente en climas humanos morbosos, en lo que teje con seguridad de iluminada y estilo terso y sencillo. Estos ambientes existen en España; no nos imaginamos a Carmen Laforet operando con una realidad normal en sus próximos libros; tal vez sea ésta su prueba de fuego. «Nada» le significó el Premio Nadal 1944 y un éxito completo. La solapa de la primera edición trae una fotografía de la autora: es rubia, de nariz derecha, boca grande y mentón enérgico, una sonrisa de las más alegres ilumi-

na el conjunto de su rostro agradable ¿Será Carmen Laforet quien se divierte con el fuego de su propia invención, o es la realidad atormentada de post-guerra que ha encontrado en esta niña barcelonesa su observador idóneo? Sus próximos libros nos aclararán la interrogante cuyo contenido es nada menos que el de su continuidad literaria. Se va a Madrid, Andrea, a salvarse del embrujo pero una tristeza prometedor envuelve sus ojos en esta retirada de la casa de la calle de Aribau cuyo ambiente nervioso y eruptivo llegó a serle familiar. «El aire de la mañana estimulaba. El suelo aparecía mojado con el rocío de la noche. Antes de entrar en el auto alcé los ojos hacia la casa donde había vivido un año. Los primeros rayos del sol chocaban contra sus ventanas. Unos momentos después, la calle de Aribau y Barcelona entera quedaban detrás de mí».